

Conviértete en la persona que más amas

Eduardo Arochi Tinajero



Capítulo 1

Conviértete en la persona que más amas

«Conviértete en la persona que más amas», era el mantra que, con su acento medio gringo medio portugués, repetía una y otra vez la facilitadora del taller de superación personal Pati Branston. «¿Cómo podemos esperar que alguien nos ame si nosotros no nos amamos a nosotros mismos —tenemos que convertirnos en una persona que podamos amar, en una persona *amable*», decía apretando los ojos como para que no se le fueran a salir de la emoción? Entre cientos de cabezas, que en trance y en sincronía asentían a sus santas palabras, caminaba como si fuera en patines por los pasillos alfombrados del auditorio repleto de sus devotos. Ninguno de ellos se salvaba de ser contagiado de esa emoción transformadora —como la llamaba ella—, destructora de patrones caducos que en algún momento les habían servido para navegar el mundo hostil de la infancia pero que ahora solamente estorbaban al desarrollo de la plenitud. Hasta los que habían llegado ahí escépticos y arrogantes lloraban avergonzados de no haber creído, de no haber podido entender por sí solos ideas que salidas de la boca de la señorita Branston parecían tan obvias, truisms que por fin los salvarían de su larga miseria. Mientras el aplauso ensordecedor que celebraba uno de sus discursos transformadores se difuminaba, el incontrolable llanto de una persona se apoderó del auditorio atrayendo las miradas piadosas de todos los presentes, era Beto, que con las manos trataba inútilmente de sepultar los mocos y lágrimas que le brotaban de la cara.

—No tienes por qué avergonzarte, el llanto también es transformador —le dijo Pati mientras corría hacia él como si se apresura a ayudar a un niño o un viejo caído—. Llorar, no estás solo, ¿no es cierto? —levantando el micrófono al aire les preguntó a sus devotos quienes respondieron con aplausos y entusiastas silbidos—. El corazón se tiene que romper para que se pueda abrir, esa es una de las enseñanzas que hoy se tienen que llevar con ustedes a casa, ¿está claro? —Se puso en cuclillas junto a él y le apretó con la mano su hombro tembloroso. — ¿Cómo te llamas? —le preguntó poniéndole el micrófono frente a la boca amplificando por todo el auditorio sus borbotantes sollozos y chillidos que de inmediato fulminaron los aplausos—. No te preocupes, tómame tu tiempo, vive la emoción a full, solo así te puede transformar —le dijo con fervor después de los fútiles intentos de Beto de suprimir su llanto.

—Beto —por fin logró decir mientras con sus mangas trataba de recolectar los brillantes fluidos que le manchaban la cara.

—¿Cómo está tu corazón, Beto? —le preguntó, pero Beto no podía hablar— Estás triste, Beto —dijo reafirmando lo obvio—. La tristeza es muy importante, hay que vivirla, no hay que pasarle por encima, no hay

que deshacernos de ella, no hay que darle pastillas, hay que dejar que nos abra el corazón, que lo humedezca, que lo sensibilice, como cuando nos chupamos el dedo para sentir la dirección del viento.

Todos aplaudieron y como en trance se quedaron meciendo sus cabezas hasta tocar con la barbilla sus pechos.

—¿Se está abriendo tú corazón, Beto?

—Sí, señorita Pati, muchas gracias —le contestó apretando los párpados.

Más aplausos.

—Para eso estamos aquí, Beto. ¿Crees que ahora puedes transformarte en una persona que puedas amar, en tu persona favorita?

—Sí, señorita Pati, creo que sí —le respondió levantando la mirada para verla a los ojos.

—¿Crees o sí puedes? —lo retó con una grande sonrisa llena de orgullo.

—Sí puedo, señorita Pati.

Todo el auditorio se levantó a aplaudirle. El caos de aplausos poco a poco se fue sincronizando hasta que se convirtió en un coordinado y apabullante aplauso que iba en *crescendo* y que Beto sentía le quebraba y desbarataba el cuerpo a cinceladas. Pati, como una madre orgullosa, se secaba las lágrimas mientras lo veía retorcerse como una mariposa que lucha contra el capullo que la encierra.

La señorita Branston los despidió advirtiéndoles que ese era el principio de sus nuevas vidas, que ya nunca serían los mismos, y para darle fin al taller tocó una campana tibetana que hizo que se le enfriaran los huesos a Beto.

Desde que Luci lo había dejado había perdido quince kilos, pero parecía que habían sido treinta. El tormento que vivía en su cabeza le había podrido las raíces del pelo y cuando abría la ventana los mechones de pelo comenzaban a flotar por la casa; parecía un perro, sarnoso y abusado. En vano trató de ocultar de su mejor amigo el terrible lugar en el que se encontraba, odiaba sentirse un objeto de lastima —ya tenía suficiente con la que sentía por sí mismo.

Su relación con Luci no había durado mucho, tan solo unos meses, pero él había caído profundamente enamorado y había pensado que ella también. Veía un futuro con ella, hijos, perros, casa, vejez, todo. Fue para él una atroz sorpresa cuando un día de repente lo citó en un café cerca de su casa y sin mucho preámbulo y con terrible frialdad le dijo que, aunque lo

quería mucho, la relación no estaba funcionando para ella. Beto trató de evitarlo, pero empezó a llorar. Las lágrimas le quemaban los ojos y las podía oler como si ya se le hubieran fermentado después de haber pasado tanto tiempo encerradas —desde que era un niño no lloraba—. Ella solo miraba fijamente la espuma de su café y movía la pierna nerviosa. Beto le rogó que le explicara qué es lo que había pasado, que podría cambiar lo que ella quisiera, que por el amor de Dios no lo dejara, pero Luci se levantó como si ya no soportara estar un segundo más en su presencia, entre dientes se disculpó y mientras su cola de caballo rubia rebotaba en su espalda, se fue pisando fuerte con sus tacones azules. Beto se quedó sentado sin poder disimular su llanto que hacía temblar la mesa y desparramaba el café humeante que Luci no había ni tocado. Todos a su alrededor se callaron y, algunos con más discreción que otros, de reojo lo miraban. Susurrando lo compadecían y se burlaban de él. Alguno que otro sacó su celular para documentar e inmortalizar su miseria. Para no tener que humillarse frente a la mesera dejó un billete de quinientos sobre la mesa y sin esperar su cambio se fue corriendo como si fuera herido de bala.

Cuando su amigo Aldo fue a buscarlo a su casa después de que no supiera nada de él en mucho tiempo, lo encontró casi muerto. No comía, no dormía, pero tampoco parecía despierto, apenas y podía balbucear algunas palabras. Parecía un durazno marchito, ya ni llorar podía, había perdido toda la humedad. Le rogó que buscara ayuda y le habló del taller de superación personal de Pati Branston, de cómo lo había ayudado a superar la muerte de su padre, de como no era uno de esos talleres que solo atraen a oficinistas y a amas de casa ricas y aburridas. Le aseguró que el taller era serio y estaba respaldado por la más moderna ciencia de la mente y filosofías milenarias. Hasta ofreció pagarle el costo de la inscripción en caso de que no le alcanzara (tenía ya semanas sin aparecerse por el trabajo). Sin que Beto pudiera poner resistencia alguna, un sábado por la mañana lo condujo hasta el auditorio.

«Me amo más que a nadie, me amo más que a nadie», se repetía Beto una y otra vez en el metro de regreso a su casa después del taller. Algunos de sus compañeros del taller iban en el vagón y de lejos, sin decir nada, le asentían con la cabeza como si fueran cómplices de una verdad secreta que solo ellos podían entender. «Me amo, me amo».

Cuando llegó a casa de Aldo al día siguiente, Aldo tartamudeo, quiso reírse pero entendió que algo no andaba bien, que no era una broma, sin decir nada lo hizo pasar y se quedó mudo viéndolo caminar por el pasillo con pasos chiquitos —todavía no se acostumbraba a los tacones.

—No sé qué decir —le dijo Aldo desconcertado.

—No sabes qué decir de qué —le contestó con una voz que sonaba como

viento colándose por debajo de una puerta.

—¿Qué tal el taller? ¿No estuvo demasiado...?

—No, para nada. Muchas gracias. Estuvo genial.

—De nada, me da gusto.

—Me cambió la vida.

—Sí, se nota. ¿Te sientes mejor ahora?

—Mucho mejor, como nunca.

—Ya sabes, conmigo te puedes expresar como quieras, yo no juzgo, lo que te haga sentir a gusto está perfecto. Eres mi hermano. Me alegro, Beto, que ya te sientas mejor.

—¿Beto? ¿Quién es Beto? —preguntó volteando hacia todos lados— ¿Con quién hablas?

—Ah, perdón. ¿Ya no eres Beto? Perdón. ¿Cómo te llamas?

—¿Qué, ya no te acuerdas?

—¿Ya no me acuerdo? —le preguntó sinceramente confundido.

—Luci, idiota. Luci.

—¿Luci?

—¿Primero me coges y luego se te olvida mi nombre?